

## LAS VÍAS QUE CONDUCEN AL NOSKISMO

(Publicado en «Il Comunista», 14-7-1921)

Digamos algunas palabras acerca de la evolución de la social-democracia italiana hacia la derecha. En repetidas proclamaciones oficiales, el partido socialista se ha colocado sobre un terreno netamente **«pacifista»** en lo que concierne a los métodos de lucha que el proletariado debe emplear, y ha adoptado por lo tanto el punto de vista de los partidarios de Turati: apaciguamiento de los odios, desarme de los espíritus y de las manos, lucha con las armas civilizadas (o sea, no sangrientas) de la propaganda y de la discusión, condena de la violencia proletaria armada, no solamente para la ofensiva, sino incluso para la defensiva. Esto significa que si el partido socialista no está todavía perfectamente de acuerdo con el punto de vista de Turati y llega a admitir la **«colaboración gubernamental»** con la burguesía, por lo menos aprueba sus métodos legalitarios y socialdemócratas. Son, es cierto, dos cuestiones distintas. Todo aquel que admite la colaboración con la burguesía está contra las directrices revolucionarias de los comunistas; pero cualquiera que, sin llegar hasta ahí, condena el uso concreto de la violencia en la lucha de clase y se limita a los medios tácticos que le ofrecen las instituciones burguesas, hace otro tanto. La experiencia revolucionaria permite deducir que tal posición conducirá fatalmente a sus autores a renunciar a la revolución y a hacerse cómplices de la contrarrevolución. Veamos cómo esto se ha visto confirmado por los sucesos de Italia.

¿Cuál es la base de principio, del **«social-pacifismo»**? ¿Podría ser el **«no matarás»**, el **«ofrecerás la otra mejilla a quien te ofenda»** del cristiano, del tolstoiano? Está claro que no. Si los social-demócratas creyesen en semejantes extravagancias, serían ciertamente menos peligrosos, pero también más estúpidos de lo que son.

La consigna de no matar a los fascistas, de no responder a sus provocaciones, es una consigna contingente que procede de otro principio general, que no es el principio moral eterno invocado más arriba. ¿Cuál es este principio?

Examinemos si la social-democracia ha condenado **«siempre»** la violencia en cuanto tal, es decir, de forma absoluta. Tomemos a Turati, que ha dado a su partido esta consigna de pasividad. ¿Qué decía, en octubre de 1917, después de la derrota de Caporetto, mientras que el ejército austriaco avanzaba, con las armas en la mano, sobre el territorio italiano? ¿Aconsejaba a los soldados italianos que no matasen, que arrojasen las armas, que no respondiesen a la violencia con la violencia? ¡Todo lo contrario! Exaltaba y santificaba la resistencia armada de las tropas italianas sobre el Grappa. Y fue cuando nosotros, comunistas, defendimos la tesis revolucionaria condenando la defensa nacional, que él nos imputó, para las comodidades en la polémica, motivos **«tolstoianos»** que calificaba de **«idiotas y nefastos»**, mientras que en realidad nosotros partíamos de la consigna **«los proletarios no vuelven sus armas contra otros proletarios, sino contra el enemigo de clase que está en su propio país»**.

Entre estas dos posiciones adoptadas sucesivamente por el social-pacifismo de cara a la invasión extranjera y de cara al salteamiento fascista, debe existir una continuidad lógica, debe existir, y no es difícil de definir.

El social-demócrata, el social-pacifista, no está contra la violencia en general. Reconoce a la violencia una función

histórica y social. No niega, por ejemplo, la necesidad de arrestar y, si es preciso, matar al delincuente de derecho común, al autor de agresiones en la calle. Es a este género de delitos a los que compara la invasión militar, pero se niega a comparar igualmente la ofensiva civil de los camisas negras. ¿Cuál es por lo tanto la distinción que los guía?

No es el social-pacifismo el que puede responder a esta pregunta, sino nosotros. Su distinción descansa sobre su concepción de **«la función del poder del Estado constituido»**. Es extremadamente simple. Cuando es el poder del Estado el que emplea la violencia, el que la quiere, el que la ordena, esta violencia es legítima. En consecuencia, puesto que es el Estado quien la ha querido, organizado y ordenado, la defensa armada sobre el Grappa fue no solamente legítima, sino sagrada, aunque extremadamente sangrienta. Pero la violencia defensiva contra el fascismo es ilegítima porque no es el Estado, sino fuerzas extra-legales, las que toman la iniciativa.

Si no es necesario defenderse contra el fascismo no es porque sea el mejor medio para desarmarlo (¡Turati no ha vuelto a la infancia!), sino porque es al Estado a quien le incumbe reprimir la violencia fascista, considerada también como extra-estatal y extra-legal según la mentalidad social-pacifista.

Continuemos siguiendo el razonamiento y la política social-pacifistas. Tal orientación vuelve a suscribir un principio típicamente burgués, contra el cual el socialismo marxista se ha dirigido siempre, incluso, en su momento, en la persona de Filippo Turati. Este principio consiste en admitir que desde que existe el Estado democrático y parlamentario, la época de la lucha violenta entre los particulares y los diversos grupos y clases de la sociedad está cerrada, y que la función del Estado es precisamente tratar toda iniciativa violenta de la misma manera que las acciones antisociales, incluso si él mismo ha nacido de la destrucción violenta del Estado constituido del Antiguo Régimen.

Es a esta lógica teórica a la que responde la política actual y la fatal política futura del Partido Socialista italiano. Ha lanzado la consigna del desarme y de la no-resistencia al fascismo, pero el fascismo no se ha desarmado. Ha lanzado la consigna de la acción legal y electoral, y una fracción considerable del proletariado le ha seguido, pero el fascismo no se ha desarmado.

El PSI se niega a colocarse bajo el punto de vista comunista según el cual el fascismo no es nada más que otro aspecto de la violencia que el Estado burgués opone a la violencia revolucionaria del proletariado y que constituye su último argumento defensivo y contraofensivo. El PSI querría un estancamiento de la situación que permitiría una vuelta a la *vida normal*, en la cual podría continuar la obra pacífica tradicional a la cual se ha adaptado su estructura. La política de desarme y de participación electoral no ha bastado para llegar a este resultado, el PSI ha llevado negociaciones directas con los dirigentes fascistas. Su jaque actual no quiere decir nada. El solo hecho de haberlas realizado después de haber renunciado espontánea y oficialmente a la lucha armada, significa que el PSI se prepara para otras concesiones que serán la consecuencia lógica de su fatal premisa **«pacifista»**. Esto implica un pacto de este género: nos hemos desarmado; que el fascismo se comprometa a hacer lo mismo; que la represión de las violencias privadas incumba de

nuevo a las fuerzas legítimas del orden, al Estado. El social–democratismo aspira con un ardor estúpido y nefasto a esta ilusoria vuelta a la legalidad. Es por tanto lógico y verosímil que el PSI haya propuesto también que los dos partidos se comprometan a denunciar a todos aquellos, sean quienes sean, que atenten contra esta legalidad, y si esto no se ha hecho aún, se hará. Reservar al Estado la «**administración de la violencia**» no es solamente reconocer un principio típicamente burgués, pues el reconocimiento de un «**falso**» principio conduce a otras consecuencias. Puesto que es cierto que el Estado administra la violencia para el mayor provecho de la burguesía, y que el fascismo no es más que un aspecto de esta violencia –una contraofensiva destinada a prevenir un futuro ataque revolucionario del proletariado (si librase la batalla de clase sirviéndose de las fuerzas del orden oficiales antes de que una vanguardia proletaria la haya atacado, la burguesía descubriría de inmediato sus baterías y suministraría armas a la crítica comunista)–, se debe concluir necesariamente que el fascismo no se desarmará antes de asegurarse de que en su conjunto la clase obrera no tiene la menor intención de atacar al Estado constituido y a las instituciones burguesas. El fascismo hará pues a la social–democracia la oferta siguiente: para estar seguros de que las masas proletarias no atentarán contra el poder legítimo... tomad la dirección del Estado, participad en el gobierno burgués.

El buen sentido social–demócrata vulgar ve esta situación bajo otro ángulo. Acaricia la ilusión estúpida de que podría ampararse en todo o en parte en las riendas del Estado

para acabar con la «**ilegalidad bárbara**» del fascismo, con la ayuda de la guardia real y de las otras fuerzas de policía oficiales. Pero que el fascismo abandone el terreno porque está satisfecho de haber contribuido a transformar un partido de acción proletaria revolucionaria en partido de gobierno en el marco del orden vigente, o que sea suprimido por orden de un eventual gobierno social–demócrata (pura hipótesis en la cual no creemos para nada), en ambos casos, la socialdemocracia deberá recorrer otra etapa de su evolución. Una vez llegada a la función de garante del Estado y, por tanto, de la violencia legal, sea mediante un pacto con el fascismo, sea mediante la colaboración ministerial ¿qué hará cuando los comunistas continúen preconizando y empleando la violencia para el ataque revolucionario contra el poder del Estado?

Hará algo muy simple. Condenará esta violencia revolucionaria en principio; pero a pesar de su pseudo–pacifismo cristiano de hoy, ¡se guardará bien de hablar de no–resistencia a esta violencia! En perfecta lógica consigo misma, proclamará por el contrario que el Estado tiene el derecho y el deber de aplastarla. Prácticamente, dará a la Guardia Real la orden de ametrallar al proletariado, es decir, los nuevos «**bandidos antisociales**», que niegan la función benéfica de su gobierno «**obrero**». He aquí cómo se conducirán los partidos que niegan que la ilegalidad y la violencia sean los medios fundamentales de la lucha proletaria. Es exactamente la vía que Noske ha seguido.

Esto es lo que muestran la crítica marxista y la realidad dramática que vivimos hoy en Italia.